

EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO: GEORGE HERBERT MEAD, HERBERT BLUMER Y ERVING GOFFMAN

IGNACIO SÁNCHEZ DE LA YNCERA
UNIVERSIDAD PÚBLICA DE NAVARRA, ESPAÑA
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4857-1385>

INTRODUCCIÓN: EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO Y EL PRAGMATISMO

La expresión “interaccionismo simbólico” designa una corriente de la sociología interpretativa y una importante tradición de estudios empíricos. Nació en la Universidad de Chicago, donde en 1893, al año siguiente de su fundación, se erigió el primer departamento de Sociología, antecediendo a los europeos. El nombre lo acuñó Herbert Blumer en 1937 al presentar, como discípulo, una versión “oficial” de la sociología de su maestro, el pragmatista G. H. Mead (Blumer, 1982: 1). Hablaba de una manera de investigar atenta a los procesos de interacción, cuyo concepto de interacción acentúa lo simbólico.

Su inspiración se alimenta en las ideas singularmente avanzadas de G. H. Mead. Surgió en la Universidad de Chicago, erigida con decidido propósito de investigación en pleno vértigo de crecimiento y transformación radical de aquella ciudad, foco de densas oleadas migratorias de muy diverso origen y asaltada de problemas de violencia e integración.¹ La sociología de la Universidad de Chicago emergía en un turbulento contexto de expansión del capitalismo industrial y de transformación de la estructura de clases. Los cambios dieron paso a numerosos intentos de reforma. Los esfuerzos reformistas en los que se implicaron los pragmatistas trataban de preservar bajo nuevas condiciones —una gran sociedad capitalista y un fortalecido Estado central— el ideal democrático de autogobierno de las comunidades locales. Se ha hablado de ese tiempo

¹ Como ha dicho Coser, “Chicago, un pequeño fuerte en 1833 se había convertido en una gran ciudad sesenta años después. Tosca e impetuosa, llena de vigor y energía, se enorgullecía de sus espectaculares avances en la industria y en el comercio logrados en una sola generación” (Coser, 2019: 390-391). Durante gran parte de la última mitad del siglo XIX, la política de Chicago, que en 1890 superaba de largo el millón de habitantes, la dominó el Partido Demócrata. En los años 1880 y 1890 se dio allí un fuerte movimiento sindicalista radical, anarquista y socialista. Durante el siglo XX, ha sido un bastión demócrata.

como “era progresista”. La transformación del Pragmatismo en sociología lo motivaron esas condiciones (Joas, 1998: 35-36; Coser, 2019: 399). Ha sido una cepa de sociología muy fértil (Lindesmith, Strauss y Denzin, 2006).²

La sociología nacida en Harvard, que pronto hizo tándem con Columbia, tomó el relevo en los años cuarenta del siglo xx situándose en el ápice de la sociología mundial, pero lo hizo de espaldas a la tradición pragmatista. En su primera gran obra, *The Structure of Social Action* (Parsons, 1937), Parsons no mencionó los logros de la teoría social pragmatista ni los avances metodológicos de las investigaciones desarrolladas en Chicago. La institución de la sociología como disciplina y el dominio estadounidense en ella lo logró la “combinación de Lazarsfeld y Merton”, un esquema que engranaba una refinada investigación de corte cuantitativo y una teoría estructural-funcionalista “de rango intermedio” (Shils, 1970: 794, *apud*, Joas, 1998: 19). Blumer, que inició su carrera en Chicago, haría sombra a Merton y Lazarsfeld con sendas actitudes críticas frente al funcionalismo teórico y al cuantitativismo empírico, que “explicitó” bajo la bandera de “interaccionismo simbólico” como la sociología procedente de Mead. Frente al funcionalismo, caracteriza al interaccionismo simbólico la insistencia en los medios simbólicos con los que se articulan los ámbitos de convivencia, concebidos en íntima relación con el desarrollo interactivo de la capacidad individual para desplegar la vida con cierta autonomía. Esquiva las explicaciones positivistas enfatizando esa decisiva relevancia de la mediación simbólica y la interpretación. El balance de la riqueza de esta escuela derivada del Pragmatismo demanda, en su contraste con otras corrientes actuales, un examen del alcance de sus respuestas a las cuestiones de la acción y del orden social.³ Este capítulo asume, con Joas, que la significación del interaccionismo simbólico y su potencial sólo se destaca sobre el fondo de la vieja Escuela de Chicago, a la que continúa, como un rendimiento (parcial) del potencial teórico del Pragmatismo.⁴ La figura de referencia para mostrar con todo su potencial esa luz inspiradora es G. H. Mead.

LA FUENTE INSPIRADORA: GEORGE HERBERT MEAD (1863-1931)

G. H. Mead nació en South Hadley, Massachussetts en 1863; su padre, un pastor congregacionista, fue profesor del College de Oberlin, donde Mead

² El manual *Psicología social* de Lindesmith, Strauss y Denzin, actualizado desde 1949, es un gran fresco con resultados de la abundantísima investigación sociológica cualitativa de la tradición de Chicago sobre los hitos del ciclo vital. Es sólo un botón de muestra, pero estupendo (Lindesmith, *et al.*, 2006).

³ Vid. Joas, 2013: 66-72; Joas y Knöbl, 2008: 11-49. La propuesta de renovación de la teoría de la acción de Joas se inspira en el Pragmatismo (Joas, 2013). La he comentado a fondo en Sánchez de la Yncera (2013: 11-55).

⁴ Joas habla del Pragmatismo como “la fuente filosófica de la Escuela de Chicago y del interaccionismo simbólico” (Joas, 1988: 22).

se graduó (1883) —esta universidad fue la primera de los Estados Unidos donde se había graduado una mujer (1841) y que admitió estudiantes negros—. Mead ha sido el más influyente en las ciencias sociales del grupo de intelectuales estadounidenses que impulsaron la corriente filosófica del Pragmatismo. Discípulo de William James y Josiah Royce en Harvard (1987-1988), de Wilhelm Wundt en Leipzig (1988-1989) y de Wilhelm Dilthey en Berlín (1889-1891), se inició como docente en la Universidad de Michigan (1891-1894), donde colaboró con Charles H. Cooley y con John Dewey, con quien mantendría un vínculo vitalicio de amistad y mutua influencia (Dewey, 2008; vid. Miller, 1973: XI-XXXVIII). Nombrado Dewey en 1894 catedrático en la recién creada (1892) Universidad de Chicago, se llevó consigo a Mead, quien sirvió allí hasta su muerte. El traslado de Dewey a Columbia en 1906 no debilitó su vínculo. Compartieron un espíritu activista y reformista que irradiaron desde la universidad en respuesta al desafío de la expansión industrial y participaron con entusiasmo en los movimientos solidarios en aquel ambiente emponzoñado de violencia y corrupción. Mead llegó a ser presidente del reformista City Club, incidiendo en la política, las relaciones industriales y la educación de la ciudad, y cooperó con Jane Addams en la Hull House (Coser, 2019: 392, 401-402).⁵

Cuando Mead murió, Dewey reconoció su deuda, destacando su enorme originalidad, superior a la de los demás pensadores de la época; algo que corroboró Alfred N. Whitehead, el gran filósofo matemático de Harvard.⁶ Fue un universitario singular, cuyo perfil enciclopédico, renacentista, sorprende, por cuanto ya campeaba la multiplicación de disciplinas científicas lanzadas a minuciosas labores parcelarias de severa especialización, con las que Mead se implicó y se desenvolvió con lúcida soltura (Coser, 2019: 394). Obtuvo el máximo rango académico sin una titulación universitaria formal. Su reconocimiento se debe, sobre todo, a la pregnante influencia de sus cursos en los sociólogos de la llamada Escuela de Chicago, dictados durante treinta años. Aunque publicó un centenar largo de trabajos, no escribió libros.⁷ Sus manuscritos y las transcripciones de sus lecciones se publicaron póstumamente

⁵ Para la biografía y el contexto intelectual de Mead vid. el primer volumen de la recopilación de Hamilton (1992). Los retratos más completos que he encontrado son los de Joas (1980: 21-65 y 1998: 1-75) y Miller (1973: XI-XXXVIII).

⁶ Con referencia a la publicación de *La filosofía del presente* (Mead, 2008/1932) y de *Mind, Self and Society* (Mead, 2015/1934), Alfred North Whitehead dijo en 1934: “Considero que la publicación de los volúmenes que contienen las últimas investigaciones del profesor G. H. Mead es de máxima importancia para la filosofía. Estoy completamente de acuerdo con la valoración de John Dewey: era realmente una mente seminal de auténtico primer orden”. Vid. Miller, 1973: ix.

⁷ La bibliografía más depurada y actual es la incluida en Mead (2015) *Mind, Self and Society*. Después de treinta años de contacto con la literatura específica, siempre destacaré la calidad documental de los trabajos de Joas, que afortunadamente supervisó la edición definitiva de aquel libro. La versión castellana deber ser urgente y sustantivamente revisada. La recepción crítica de esa obra no carece de controversias, como se recoge en las intensas polémicas “demasiado humanas” entre expertos en la excelente recolección de Peter Hamilton (1992, vol. 3).

en varios idiomas. Entre esos libros, destaca *Mind, Self and Society* que recoge sus cursos de psicología social.⁸

Mead replanteó el Pragmatismo con una radical afirmación de la integridad del proceso vital que parte de los procesos de interacción característicos de la experiencia social humana. Los resultados de su atenta investigación de los fenómenos interactivos, que posibilitan el dominio humano del significado y el acceso del sujeto a la orientación reflexiva que le confiere autocontrol sobre su conducta, le han convertido en un clásico,⁹ especialmente a partir de la singular recepción de la misma en Alemania por Eric Rothacker y Jürgen Habermas —para cuyo cambio de paradigma “de la actividad teleológica a la acción comunicativa” la mediación de Mead fue decisiva (Habermas, 1987 vol. 2: 9-64)—, pero sobre todo por la excepcional recepción de Hans Joas, en la que se inspira esta semblanza (Joas, 1989).

Mead extendió la investigación de Charles S. Peirce (1839-1914) sobre la lógica del procedimiento científico a las condiciones de posibilidad del ejercicio de la racionalidad en el sentido más amplio. Entendía también la razón científica como una forma altamente consciente y autocontrolada de ejercicio de la inteligencia reflexiva en una comunidad de investigación.¹⁰ Pero la veía como un desarrollo del tipo de reflexividad interactiva que nos configura como agentes autónomos en la ontogénesis, y que desarrollamos en el plano general de la actividad práctica ordinaria (Mead, 1917; Joas, 1980: 143 y ss., 179-200). Su examen entronca, además, con la investigación del origen de la inteligencia reflexiva en el seno de la actividad natural, en un contexto de auge del evolucionismo, que fue capaz de asumir con un circunspecto enfoque pospositivista adelantado a su tiempo. Hace notar así que la pregunta por las condiciones de posibilidad del conocimiento exige una reflexión completa que no eluda la cuestión del origen del hombre, pero sin caer en infundadas pretensiones de reduccionismo causalista: era demasiado inteligente para saltarse la inmensa complejidad y contingencia de los fenómenos emergentes de la realidad natural.¹¹

⁸ En mi monografía pude corroborar y demostrar que las ideas centrales de Mead sobre la comunicación y el desarrollo del *self* aparecen en su forma madura y excelentemente expuestas en sus escritos, varios de ellos de la primera década del xx. Vid. p. e., Sánchez de la Yncera, 1995: 219 y ss.

⁹ David L. Miller elaboraba desde 1928 su tesis doctoral sobre la evolución emergente dirigido por Mead, pero este falleció antes de la defensa. Profundo conocedor de su filosofía, hizo respecto a ella una labor análoga a la de Blumer en sociología. Editó los manuscritos en 1932 y 1938 (vid. Miller, 1973). Pero el muniqués Hans Joas es quien domina el conjunto con pleno criterio y da cuenta con mayor fundamento de su relevancia en las ciencias sociales.

¹⁰ Me remito a la presentación de Joas sobre el pragmatismo y el interaccionismo simbólico (1998: 24-32). La primera lección de su extraordinario manual lo contextualiza en la teoría de la ciencia actual (Joas y Knöbl, 2008: 11-50).

¹¹ Sobre todo ello, en lo que siempre estuvo ocupado, trató en las conferencias de Berkeley, acerca de las cuales se hablará brevemente a continuación. Para lo indicado en el texto, vid. Mead, 2008a: 268 y ss., y Sánchez de la Yncera, 2008: 43-55.

Dicho planteamiento está presente en la obra póstuma que más se parece a un libro suyo, y que podría haberse titulado, como sugiriera Miller, teoría o filosofía de la socialidad (Miller 1973: 188-206).¹² El núcleo son los manuscritos de tres conferencias que acababa de pronunciar en Berkeley, cuando una infección contraída durante su regreso a Chicago le acarrió la muerte. Trató el desarrollo social de la capacidad reflexiva humana que permite el descentramiento y, así, la objetivación perceptiva de las realidades observadas, y lo puso en paralelo con los avances de la física cuántica, para hacer notar tanto el alcance epistemológico de los hallazgos de la ciencia puntera como la relevancia que, en la observación y en la respuesta a la realidad, tienen la detección del cruce de perspectivas espacio-temporales y el esfuerzo (intersubjetivo) de descentramiento que se alimenta en la comunicación participada y da acceso a ellas.¹³ Mead redondeaba su persistente indagación sobre el origen y el fortalecimiento del potencial reflexivo en los procesos de comunicación, mostrándolos en los asombrosos descubrimientos de la ciencia puntera. Sólo que, en este caso, la capacidad interactiva que la mente humana logra con el control simultáneo de varias perspectivas objetivas se dota de procedimientos de precisión y control máximamente depurados que permiten una singular entrada en diálogo con las características regulares de la vida no inteligente o de la realidad inerte más hermética y compleja, un sesudo proceder que diferencia lo científico.¹⁴ Es lo que Mead subraya al hablar de la “realidad objetiva de las perspectivas” (incluidas, claro está, las subjetivas).¹⁵

El punto crucial era el problema mismo de la sociología: el falso problema del individuo enfrentado a la sociedad (Gurvitch, 1957: 31-65) o el no menos falso de la negación de la realidad social de lo subjetivo. La realidad objetiva de las perspectivas subjetivas fue su ocupación permanente.¹⁶ Su amigo Dewey la distinguió como la más constante y expresiva de su originalidad: “el problema en el que estaba interesado”; a saber: el de la “naturaleza personal y privada de la conciencia”:

[...] cómo estados mentales peculiares de un individuo —como las primeras hipótesis de un descubridor, que ponen en duda creencias previamente asentadas y

¹² Carreira da Silva ha discutido estas cuestiones desde una aguda interpretación de la concepción avanzada de la racionalidad que reconoce en Mead y que se emana de su idea de la ciencia, susceptible de aplicarse a la resolución de los problemas sociopolíticos que asaltan a la democracia. Lo refleja el subtítulo de su obra: “Science, Selfhood and Democratic Politics”. En ese punto concreto discrepa con Miller (Carreira, 2010).

¹³ Mead, 2008a: 235-273 y 2008c/1926: 337-350.

¹⁴ Es el argumento capital de las conferencias de Berkeley reunidas en Mead, 2008. Su núcleo es el argumento sobre el tipo de organización simultánea de perspectivas objetivas distintas que permite la singular socialidad de la mente humana (Mead, 2008: 264-271).

¹⁵ Mead, 2008c. Vid. Mead, 2008a, capítulos 3 y 4, y Sánchez de la Yncera, 2008: 99-116 y 1995: 122-154.

¹⁶ Mead, 2015: 164-173, y especialmente 214-222.

niegan la objetividad a cosas universalmente aceptadas como objetos reales— pueden ser las fuentes de objetos que, en lugar de ser privados y personales, en lugar de ser meramente “subjetivos”, pertenecen al universo común y objetivo” (Dewey, 2008/1932: 188).

Fue seguramente esa idea que tenía “del papel de la conciencia subjetiva en la reconstrucción de los objetos en tanto que experiencia y en la producción de costumbres e instituciones nuevas” (Dewey, 2008: 189),¹⁷ la que le habría movido, como dijo Dewey, “a adquirir el conocimiento, extraordinariamente amplio y exacto del desarrollo histórico de las ciencias” que resumaba (Dewey, 2008: 189).¹⁸

El núcleo de su aportación trata la comunicación —por estar simbólicamente mediada— como el dispositivo esencial de la socialidad humana. Quiere decir que los sujetos somos capaces de responder a nuestros propios ademanes y expresiones, modulándolos mediante el reconocimiento anticipado de las expectativas de posibles respuestas que al respecto podrían adoptar los otros, y, también, que ese juego interactivo de expectativas es la clave en el desarrollo del sujeto social autónomo (*self*).¹⁹ La comunicación aparece como crucial también porque en su concepción se subraya la intrínseca correspondencia entre el desarrollo (moral) de la sociedad y el de la personalización (la humanización) de sus miembros; en concreto, como un proceso de “adopción del rol (o de la perspectiva) del otro”, acrecible en su grado de intensidad y generalidad, esencial en la socialización y básico para su conjetura sobre la hominización, e incluso trasladable al desarrollo posible de la gestión

¹⁷ Es oportuno reproducir *in extenso* el pasaje que precisa la índole de esa preocupación, que Dewey explica como puede: “Una gran parte de la aparente oscuridad de la expresión de Mead se debía a que reparaba en problemas que las demás mentes no veían en absoluto. Al no haber un objeto de referencia común, no había ahí lenguaje común. [...] Hablaba de algo que los demás no veíamos [...] alguien que tuviese un conocimiento suficientemente continuado de la biografía intelectual de Mead [...] podría descubrir que prácticamente la totalidad de sus problemas e indagaciones los desarrolló a partir de esa original cuestión [...]” (Dewey, 2008: 188).

¹⁸ El citado escrito de Dewey proseguía ahondando en la razón de esa inmensa amplitud de intereses: “Fue ese sentido que él tenía del papel de la conciencia subjetiva [...] lo que le llevó a adquirir su conocimiento, extraordinariamente amplio y exacto del desarrollo histórico de las ciencias; un conocimiento al que no le bastaban los detalles de los descubrimientos, sino que abarcaba los cambios de actitud hacia la naturaleza subyacentes. Su interés por el problema del sí-mismo (*self*) le llevó a seguir la senda del estudio del organismo como unidad biológica correspondiente al sí-mismo. En dirección opuesta, exigió también el estudio del sí-mismo en sus relaciones sociales, que le condujo a la psicología social [...]. Su problema era de índole tal que [...] le hizo agudamente sensible a las enseñanzas de Whitehead, especialmente en lo concerniente al esfuerzo por incluir en la propia constitución de la naturaleza, materias que habitualmente solían relegarse a un ámbito exclusivamente subjetivo. Puesto que su problema era esencialmente el de la emergencia de lo nuevo y el de su incorporación a un mundo conocido y desde ese momento viejo [...], su generalización de la idea de ‘socialidad’ y su interpretación de la emergencia en el curso de la evolución adquieren un significado que de otro modo no tendrían” (Dewey, 2008: 189).

¹⁹ Vid. Mead, 2008b: 351 y ss., 2015: 152-164, 1913: 374-380; al respecto, Sánchez de la Yncera, 1995: 246 y ss.

democrática de las comunidades.²⁰ Mead destaca que los sujetos podemos hacernos capaces, en principio, no sólo de interiorizar la pauta general de la acción conjunta que se va desarrollando en los ámbitos de interacción que participamos, sino de revisarla a cada paso. Sería éste un proceso de “comunicación participada” donde la efectividad de los modelos de acción que lo rigen se afincaría en el propio dominio “interior” de los agentes (según la doctrina usual de la socialización).²¹ Pero a su vez reclama la atención hacia el potencial, reafirmable en los sujetos, de disposiciones (nuevos hábitos) que emergerían, por retroalimentación, en los procesos interactivos, y que, como tales, pueden generar nuevas respuestas creativas, revisadas y repuestas en atención al surgir de circunstancias interactivas inéditas.²² En ese marco se entienden de la mejor manera sus doctrinas más conocidas sobre el “sí mismo”, el “yo” y el “mí”, el “otro generalizado”, la adopción de roles, y la socialización (cuyas etapas ilustró a partir de la distinción típico-ideal entre “juego organizado” y “juego no organizado”).²³

Abundaremos primero en el concepto de “otro generalizado” que subsume el contenido de su aportación.²⁴ Con esa idea, el nexo de lo personal y lo social se eleva a un plano sociológico estricto. Alude a los escenarios organizados de convivencia tomándolos como referencia orientativa de la actividad colectiva y, a la vez, del desenvolvimiento práctico e identitario del sujeto (sí-mismo) individual. Considerados como ámbitos de actividad plurales, de múltiple diferenciación, y no como parcelas adueñables por ningún actor, sus reglas organizan los escenarios, representan y apuntan lo común, lo intersubjetivo, de la convivencia (incluso cuando las desigualdades injustas a las que se acomoden las prácticas y las normas surgidas de ellas nieguen alevosamente lo común, que permanecería tácito, deslegitimándolas).²⁵ Así, el “otro generalizado” subraya lo que hay de común y despunta como referencia de los procesos de comunicación y participación: las expectativas de lo otro en general que se avivan en concreto en las situaciones donde se está envuelto. Se erige a su vez en instancia interlocutora de las respuestas de los sujetos singulares que, en cada situación, desempeñan sus roles respectivos. Destaca,

²⁰ Vid. Mead, 2008: 351-378; Mead, 2015: 317 y ss.; sobre esto, vid. Sánchez de la Yncera, 1995: 295 y ss.

²¹ Vid. Mead, 2008: 364, 366-368; Sánchez de la Yncera, 1995: 246 y ss.

²² Vid. Sánchez de la Yncera, 1995: 310 y ss.; Joas, 2002: 122-125.

²³ Vid. Mead, 2008b: 351-376; Joas, 1989: 164 y ss.; Sánchez de la Yncera, 1995: 297-310.

²⁴ Vid. Mead, 2008a: 127 y ss., y 2015: 252 y ss.; Sánchez de la Yncera, 1995: 304 y ss., y 367 y ss.; Miller, 1973: 33-35; Blumer, 2004: 109-130 (recoge las discusiones mantenidas durante años por Blumer y Miller).

²⁵ Vid. Sánchez de la Yncera, 2006: 623. Mead no supone la aconflictualidad de los procesos sociales, sino que considera necesariamente dilemática la pluriperspectividad de los actores, e incluso ve el enfrentamiento como clave en la autoafirmación identitaria de los individuos y colectivos (Mead, 2015: 303-311). Carreira lo advierte con acierto (Carreira, 2010: 52-55) y, como Joas, señala un serio error interpretativo en la recepción de Habermas, que le imputa un ingenuo idealismo en el enfoque de la integración social desde la comunicación. Vid. Joas, 1998: 182-186.

pues, el cambiante plano formal de lo colectivo como instancia requirente de conductas responsables, y también como horizonte normativo que debe guiar la reforma de las regulaciones de los escenarios sociales cuando se descubren angostos o incapaces de articular bien las diferencias. La riqueza del concepto invita a una línea dialógica y abierta en el proceder organizativo para que se curse un razonable autocontrol en las aportaciones de los partícipes. La relevancia genésica del “otro generalizado” es indiscutible. En “La génesis del *sí-mismo* y el control social”, se explica esa potenciación de la subjetividad infantil en el juego organizado.

Él mismo, al jugar en las diferentes posiciones, ha integrado en un todo las reacciones organizadas de los demás hacia él, y esta reacción organizada se convierte en lo que he llamado el “otro generalizado”, que acompaña y controla su conducta. La presencia de este otro generalizado en su experiencia es lo que le proporciona un sí-mismo (*self*) (Mead, 2008b: 369-370).²⁶

De tal modo, el enlace con ese “otro generalizado” interlocutor es, a la vez, la cota donde, en el curso del desarrollo personal, se alcanzaría la autonomía agencial de la persona y también la clave del control social eficiente.²⁷ La desbordante mirada de Mead apunta a esa instancia como un horizonte ilimitadamente ensanchable, cuyo diámetro aumenta con la solvente orientación social de las personas y con los niveles de inclusión participativa y de articulación de las diferencias conforme los cuadros convivenciales sean capaces de hacerlo en su esfuerzo organizativo. Ese desarrollo se concibe normativamente: el crecimiento agencial perseguible y deseable dependería también de la efectiva articulación de las acciones de los individuos (*selves*) en niveles más amplios de organización intersubjetiva concreta, convertida en eje del control de lo común y, por tanto, de su mayor reconocimiento a los otros en su singularidad.

Tal sociología revisa en profundidad la acción intencional y el orden social. Éste se concibe como control social, pero como un procedimiento participado de autorregulación y de resolución de problemas que se enclava en forma de autocontrol en la configuración de la subjetividad, sin que implique que las acciones se refieran a fines preestablecidos ni se expliquen en clave de prescripciones heterodeterminadas. El dilema básico de la coordinación social no sería el logro de conformidad, pues el control no se concibe según la

²⁶ El párrafo termina así: “Sólo puedo hacer aquí una mera referencia a la relación de ese juego infantil con la llamada ‘magia simpatizante’. Los hombres primitivos invocan en su propia actividad cierto simulacro de la respuesta que buscan del mundo circundante. Son niños gritando en la noche” (Mead, 2008b: 369-370).

²⁷ Carreira ha apuntado, en la tesis de fondo que preside su monografía, el alcance grande de la idea de la racionalidad de Mead, inspirada en su innovadora comprensión del proceder científico, y su insistencia en emplearlo para resolver los dilemas morales que irrumpen en la vida práctica y en las disputas democráticas (Carreira, 2010, esp.: 65-88).

antinomía moderna (de sustrato individualista) entre el individuo y el Estado (o la sociedad organizada), sino replanteado de una manera resueltamente interactiva o cooperativa (Joas, 1998: 54). Con este enfoque se sugiere una refinada idea de la democracia, entendida como el autogobierno y la autorregulación de las comunidades mediante los procesos de comunicación o de disputa de sus miembros en torno a los problemas comunes que, al asaltar la praxis intersubjetiva, exigen la revisión continua del deber.

Este dibujo abunda en el “sobrante” formal o fontal, de las poderosas sugerencias teóricas de Mead. Reclama la atención hacia el núcleo de su visión, que abre un horizonte espléndido para fundar mejor las teorías de la acción y el orden, desde el descubrimiento de la individualización o personalización como un rendimiento o ganancia permanentemente renovable con las respuestas del sujeto implicado en las tramas compartidas de acción. Su *self* se potencia (puede potenciarse) como ser capaz de una perspectiva propia y diferenciada, autónoma, en el curso de su responsividad.²⁸ Relevante es también la propuesta de aplicar el método experimental a los problemas éticos, rompiendo el rudo esquema de la asimilación y aplicación de la norma, al reconocer la prioridad ética de la creación de nuevas posibilidades de acción moral libre en situación (Mead, 1908: 311-323, 1915: 173-178 y 1917). Tal sugerencia es consistente con su idea del agente humano: un sorteador de límites que se potencia como sujeto (social) cuando pone en juego, en cada circunstancia, la socialidad común que —de una manera única, puesto que despliega su perspectiva propia— comparte con los otros agentes y grupos de agentes, coprotagonistas de los ámbitos compartidos de actividad. Lo interesante de este enfoque, es que, aunque podría parecer que demanda una ducha de realismo, a la vista de que el horizonte entrevisto se traza para una expectativa optimista del porvenir; en realidad, aunque tal flaqueza deba vigilarse, Mead lo trata, de raíz, como contingente y vocacionalmente abierto a la contingencia: consiste en un puro apretar las situaciones, en exprimir las según las posibilidades efectivas, las que sean que los actores encontramos a nuestro alcance en cada situación, con las fuerzas cooperativas reales por activar.

Remachemos ahora el potencial de este planteamiento en su aplicación a la comprensión e impulso de la vida democrática. Mead lo desarrolló en escritos menores, poco en su obra principal. Por eso acudiremos con Joas a *The Public and its Problems* (1927), el libro de Dewey, que, en plena sintonía con Mead, despliega una teoría de “lo público” donde la acción colectiva se presenta como la tarea de resolución de problemas en común. Me ciño a la síntesis de Joas. El nudo son los problemas causados por consecuencias no

²⁸ Llama la atención la agudeza con la que Habermas supo percibir esa aportación de Mead, que, como él mismo reconoce, resolvía una cuestión histórica. Aun cuando, a mi juicio, la perspectiva normativa de la comunicación libre de dominio podía sofocar la pregnancia del ahondamiento en la singularidad individual de Mead. Como él dice, “evitando, una equivocidad en el concepto de ‘adquisición de la identidad’” [entre una identidad *adscriba* y una que *uno afirma por cuenta propia*]. Vid. Habermas, 1987, vol. II: 132-160; 152 para las referencias; énfasis de Habermas.

intencionales con los que topan los procesos colectivos: la colectividad se ve obligada a abordarlos reflexivamente. Dewey dice que, en esos casos, las situaciones han de abordarse de cara a futuras acciones, “en el marco de los criterios comunitarios” y “no sólo por las instituciones” a las que se podría conferir la responsabilidad, “sino por todos los individuos y colectivos afectados por las consecuencias”. En las situaciones y procesos críticos de la vida colectiva, cuando la comunicación entre todos los implicados desempeña un papel clave en la “interpretación y valoración de las consecuencias de la acción colectiva” [...]: “todos los afectados se ven movidos a participar en tal comunicación, a manifestarse como afectados”. Por eso, la representación del ámbito público y de la democracia no parte del antagonismo entre individuos y Estado: se replantea desde “los problemas internos de la acción grupal”. El Estado y la pluralidad de individuos autónomos (solos o agrupados) constituyen “lo público” (*the public*), una esfera fundada en los problemas de la acción conjunta, que Dewey concibe como una “comunidad de comunicación” entre los afectados (Dewey, 1991/1927, *apud* Joas, 1998: 31).

Lo más notable, como bien ve Joas, es que así la cuestión clásica del orden social resulta volteada: “la comunicación encaminada a resolver problemas de interés colectivo se convierte en condición esencial del orden social” (Joas, 1998: 31). Este reenfoque se yergue en directo contra la “naturalización” del mercado como mecanismo autorregulado de solución de problemas; pues lo que requiere en realidad interpretación crítica, evaluación y control colectivos son las enrevesadas secuelas de las acciones movidas por puro interés. La idea de un autogobierno comunicativamente mediado y entendido como resolución de problemas colectivos, concreta, así, una original visión del “control social” que ya no apunta a la conformidad sino a un desafío pleno de deliberación y autorregulación conscientes (Joas, 1998: 32). Carreira rescata de los manuscritos inéditos la idea consiguiente de gobierno que Mead defiende: “Quizás el cambio de actitud más importante que exige nuestro ataque moderno a los problemas sociales es el que implica el considerar al gobierno no principalmente como una expresión de la fuerza de la comunidad sino como *la expresión de su inteligencia organizada para afrontar y superar las dificultades y resolver el problema que la vida común trae consigo*. El poder de la comunidad es el sirviente de su inteligencia y no su amo”.²⁹ Son ideas de un tremendo potencial para la comprensión crítica de la democracia. Mead la refuerza con el mandato ético que deriva de la razón científica para la racionalidad práctica (sobre esto, Sánchez de la Yncera, 1995: 367-387).³⁰

²⁹ He empleado este fragmento del manuscrito titulado “On Might and Right in Word War I” (1917-1918) que cita Carreira (2010: 184, nota 14). Procede de los Mead Papers custodiados en los archivos de la Universidad de Chicago, de la Addenda, box 2, folder 32. El énfasis, añadido.

³⁰ Vid. “El alcance ético de la propuesta de la comunicación como principio básico de la sociedad” (Sánchez de la Yncera, 1995: 367-387). Lo desarrollé más en el estudio preliminar a *La filosofía del presente*, incidiendo en el potencial del doble desarrollo: el del *self* en su proceso de descentramiento y el de la participación real de la pluralidad diversa de los actores en la vida

El pensamiento pragmatista contiene la mejor crítica al utilitarismo y al atomismo, a pesar de que, como dijo Parsons, los talentos de la gran generación clásica de la sociología “convergerían” en esa crítica (Parsons, 1968: 877, Joas, 2013).³¹ El Pragmatismo les sobrepasaría en potencial para la comprensión y activación de la vida social que requieren los desafíos democráticos de este inquietante y frenético siglo XXI. Seguramente sea el término “atomismo” el que mejor representa la tosquedad del falso planteamiento de lo social que entraña la terca dicotomía que opone lo individual y lo social.³² Como contrapunto, conviene ahondar en algunas de las ideas clave de Mead que, a pesar de ser aprovechadas por discípulos como Blumer y de haber encontrado incluso el tardío beneplácito de Parsons,³³ están aún en sordina, tal vez creciendo hacia adentro para iluminar con óptimo potencial la sociología que vendrá.

Glosaremos tres diamantes de luz contra el atomismo que entrega la radical concepción social de la subjetividad de Mead. Primero el concepto de “mí”, uno de los dos que desgrana para explicar “el *self*”: la índole social a la que está abocada, como alfa y omega, la identidad del yo, que reaparecerá en un breve tercer paso. Para subrayar la intrínseca socialidad de lo subjetivo

común (Sánchez de la Yncera, 2008: 121-142). Es interesante el enlace de Carreira con ese motivo, y especialmente en relación con el papel del dirigente político y la perspectiva del “otro organizado”, aunque no cale en lo radical del pospositivismo meadiano: es antes necesario captar la trascendencia de sus hallazgos sobre el crecimiento en intimidad (social) del *self* en concomitancia con los avances en la conjunción colectiva, que cualquier macrorrelato de cambio de época societaria que presente a Mead en clave de hipermodernidad. Me refiero a las tesis centrales de su interesante monografía (vid. Carreira, 2010: 97-106, en concreto: 104-105).

³¹ Es la debatida tesis de “la convergencia” que corona esa obra magna: “en la obra de los cuatro escritores principales aquí tratados [Pareto, Marshall, Durheim y Weber] ha aparecido el esquema de lo que, *en todo lo esencial*, es el *mismo* sistema de teoría social generalizada, el aspecto estructural de lo que ha sido llamado teoría voluntarista de la acción” [...] “Finalmente está el hecho impresionante de la convergencia: el hecho de que la obra de estos hombres, partiendo de puntos de vista radicalmente distintos, convergiese en una teoría única” (Parsons, 1968: 875, 877 respectivamente; énfasis de Parsons). Es ejemplar la síntesis y la crítica que al respecto realiza Hans Joas en su principal obra sistemática, dedicada toda a poner de relieve el potencial del Pragmatismo para dar cuenta de lo que él llama la “dimensión creativa” de la acción social, ausente como elemento sistemático de la tradición clásica de la sociología si no se recurre a los pragmatistas (vid. en este punto Joas, 2013, al menos: 66-91).

³² Sobre esto, Gurvitch es especialmente agudo (vid. Gurvitch, 1957: 38-44; Sánchez de la Yncera, 1996: 412-422). Charles Taylor lo emplea con amplitud para las doctrinas del contrato social surgidas en el siglo XVII y otras muchas posteriores que, aunque no usen la noción, conciben que los individuos constituimos la sociedad con fines primariamente individuales. Algunas formas del utilitarismo son herederas de esa teoría, que pretende legitimar un confortable programa de instalación en la vida burguesa. Se aplica también a las doctrinas actuales que regresan a la teoría del contrato social, y defienden la prioridad del individuo y sus derechos sobre la sociedad o una visión puramente instrumental de ella (Taylor, 2005: 225).

³³ Parsons reconoció repetidas veces su omisión del enlace con Mead en sus primeras obras, e incluso que su enlace con la teoría del desarrollo social de la personalidad sólo lo nutrió inicialmente en la obra de Freud, aunque luego conoció a fondo y con simpatía el enfoque de Mead (Blumer, Parsons y Turner, 1992/1975: 126).

con su teoría del *self* (sí-mismo), Mead advirtió dos dimensiones del sujeto: *I* y *me* (“el yo” y “el mí”).³⁴

a) Mead denomina “mí” al aspecto objetivo de sí mismo que el sujeto reconoce como propio de sí gracias a la capacidad reflexiva adquirida en la socialización. Es el núcleo objetivo del yo (su propio sistema autocontrolado de disposiciones agenciales) que pivota sobre la imagen de sí mismo procedente de la interiorización de las actitudes hacia él de las personas de referencia y, más precisamente, sobre las expectativas del “otro generalizado” (la estructura organizada de actitudes de la que hemos hablado) que le conciernen en las situaciones. Lo entiende como un efecto de recurrencia sobre las disposiciones subjetivas que el juego comunicativo de la adopción de roles genera al alcanzar determinado nivel. Cuando dicho proceso interactivo alcanza el rango de “juego organizado” (Sánchez de la Yncera, 2006: 467-468), el sujeto adopta las actitudes del grupo de acción (su sistema de valores y normas); y esa perspectiva objetiva (el régimen de expectativas presentes en el campo de acción objetivado) le procura una base interiorizada (el “mí”) para el control de sus acciones. Esto le permite realizarse diferenciadamente en los escenarios compartidos de la vida social, pero sin convertirlo en mera secuela de la pauta general de ese mundo.³⁵ Porque Mead incide, además, en que este aspecto del sujeto, objetivo y organizado, contrasta con otro, impulsivo y dinámico (lo responsivo, “el yo”), accesible sólo parcialmente y *a posteriori*, cuando las acciones concretan su potencial innovador en las respuestas. Elude así los reduccionismos psicologista y sociologista al destacar la intrínseca correlación entre el desarrollo subjetivo y el de la sociedad.³⁶

b) El “yo”. Como se sabe, el término “yo” (*I* en inglés) pertenece, con los demás pronombres personales y los adverbios de lugar y tiempo, a la clase de las expresiones deícticas que, junto con los nombres y las expresiones referenciales definidas, sirven en el discurso para identificar objetos particulares a los que el hablante se refiere. Como ocurre con cualquiera de esas expresiones gramaticales, “yo” sólo adquiere sentido unívoco en la situación discursiva: al decir esa palabra, quien en cada caso habla se designa a sí mismo. Mead lo emplea para el núcleo innombrable del sujeto, que tanto ha subrayado después la filosofía analítica, para destacar la dimensión creativa de las respuestas personales a las situaciones y, en concreto, a las reglas sociales interiorizadas. Con esta idea trata de esquivar el peligro de la visión institucionalizadora del sujeto como producto de la coerción, tan acostumbrada en la sociología académica como en las versiones ordinarias de la socialización. Recoge, pues,

³⁴ Inspirándose en Kant, William James había distinguido en el “sí mismo” un “yo puro” cognoscente y un aspecto empírico (el “mí”) que aquel objetiva y que incluye todo lo que puede llamar suyo (su cuerpo, su vestuario, su propiedad, su familia) (vid. Carreira, 2010: 112; al respecto, vid. Sánchez de la Yncera, 2006: 465, 555-556 y 967-968).

³⁵ Vid. Mead, 1913: 374-380 y 1915: 173-178; Carreira, 2010: 112; también Sánchez de la Yncera, 2006: 555-556 y 967-968.

³⁶ Vid. Sánchez de la Yncera, 1995: 367 y ss.; Miller 1973: 46-65.

el fuero de lo subjetivo como irreductible a las transacciones y a los escenarios sociales donde se inserta; “el yo” sería el fondo que atesora el potencial de contribuciones subjetivas a la vida social; un fondo renovable y reforzable con los rendimientos (subjetivos) que las interacciones sociales aportan al potencial de respuesta diferenciada y novedosa de cada subjetividad.

Se ha insistido en su analogía con el freudiano “ello”, pero el sentido difiere mucho del psicoanalítico.³⁷ Mead destaca el núcleo inédito de la vivencia personal, la experiencia en primera persona que permite deslindar analíticamente lo subjetivo dentro de la experiencia común. Alude, sobre todo, al origen fontal de la creatividad del sujeto, de su capacidad de acometer inéditamente cosas nuevas; al sentido fuerte de su responsividad, entendida como capacidad autónoma de respuesta propia y nueva en una vida a la que se dota de continuidad, asumiéndola y responsabilizándose de ella. Conviene insistir en todo ello sin olvidar el contexto intrínsecamente intersubjetivo, de actividad social, donde la mirada de Mead mantiene siempre al *self*; ese ámbito interior único, donde, junto a la adaptabilidad, se concibe la facultad del sujeto para impulsar el cambio de las condiciones vigentes, incluso atendiendo a proyectos de mejora social. La necesidad de que nada de esto se pierda de vista nos ha hecho dejar para el final a “el yo” (una vez distinguido de “el mí”), sabiendo que la mirada sociológica meadiana recurrió a esa distinción analítica para un inteligente propósito concreto.³⁸

c) El sí-mismo (*self*). El pronombre *self* sustantivado es para Mead la nueva forma de designar al yo de la modernidad, destacando su capacidad reflexiva y dinámica como ser social. El concepto tradicional del sujeto humano —el moderno “yo”— se concebiría ya siempre como un *sí-mismo* (*self*). Es decir, se repara en la condición de sujeto reflexivo que el viviente humano gana al volver sobre sí y responder (como un yo de primera persona) a su propia vida como objeto de referencia; cuyos episodios son él mismo (como “mí”) como objeto de conducta social (la suya y la de los otros), equivalente a los demás sujetos sociales a quienes se refiere en la orientación de sus respuestas.³⁹

No obstante, hay que objetar que aunque en este planteamiento bien se advierte una ganancia de dinamismo, se percibe también una quiebra que la teoría social debe solventar más allá de Mead. Esa dualidad de un yo objeto y un yo sujeto es una trampa. El yo objeto no es sujeto: no sería intimidad, sino extrañamiento. Por una parte, es ese sujeto social, bien vivo, que puede decir y sentir “soy conmigo”, manifestándose como un yo que “se acompaña”, como una intimidad insólita, en el “ascenso” evolutivo de la realidad natural; pues, bien mirado, el enfoque de fondo lleva de pleno a la cuestión de la intimidad,

³⁷ Vid. Miller, 1973: 6.

³⁸ Mead, 2015: 173-178; Sánchez de la Yncera, 2006: 555-556: 967-968. Esta dimensión de la subjetividad es la que más late en la innovadora propuesta sociológica de Joas en *La creatividad de la acción*. Joas, 2013: 192-193; 243-246.

³⁹ Mead: 2015: 200 ss. Sánchez de la Yncera, 2006: 555-556: 967-968; Miller, 1973: 46-65.

descubriéndola como clave indefectible. Es ahí donde entendemos que late el corazón mismo de la vida social, donde ésta se hace posible (en nuestra hipótesis, simbióticamente posible, por “intimación” de lo que uno hace propio). Se trata de lo otro que hago mío y que a partir de ahora vive en mí, como anidado: se convierte en fuente de mi motivación vital. Pues bien, si esos aspectos de la propia vida y de lo que uno intima en ella se toman como un objeto, este —“el mí”— sería sólo un molesto huésped o un extraño.⁴⁰ Con ese reparo se sugiere que el soberbio apunte sobre el “yo” (*self*) de la mirada de Mead estaba todavía demasiado preso de un objetivismo (un residuo positivista), que la fragua de su inspiración estaba a punto de hacer reventar, como se vio en ese singular descubrimiento suyo de la dimensión subjetiva de las innovaciones: un aspecto innombrado de la socialidad viva con el que Mead (como vimos en el apunte de su amigo Dewey) estuvo siempre absorto. Pero la clave de la intimidad social es la del don que, al entregarse olvidado de sí, se hace real en sus enlaces “de verdad” (auténticos) con las realidades que hace suyas. Uno se vacía en la búsqueda; se adentra en la realidad que hace propia, íntima; la vuelve suya: su yo la tiene y la guarda consigo, a la vez que se repone, se repotencia para abrirse y relanzarse con más don por la rosa de los vientos de la socialidad que habita y que es, como ser efusivo. Y es así como el sujeto social aparece como una fuente viva de cambio en la realidad social de la que es parte y que le es radicalmente íntima.

HERBERT BLUMER Y EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO:
UNA FIGURA CLAVE, EMULANDO A MEAD (1900-1988)

Nacido en Sant Louis (Missouri, EUA), Blumer estudió en la Universidad de Missouri (1918-1922). Graduado en Sociología, fue contratado como asistente. En 1925 se mudó a la Universidad de Chicago. Se doctoró con una tesis sobre el método en psicología social, dirigido por Ellsworth Faris, discípulo de Mead (Blumer, 1928). Trabajó cerca de Mead un par de años, y le sucedió en el curso de psicología social (1931), erigiéndose poco a poco como el heredero del manto de armiño “del maestro” (Meltzer *et al.*, 1975: 55).⁴¹ Permaneció en Chicago como profesor de sociología hasta 1952. Ya sabemos que dio el nombre a la corriente que tratamos. Denominó así los principios básicos de una propuesta que en 1937 presentó con la ambición de que fuera la

⁴⁰ No cabe aquí, por supuesto, la argumentación que justificaría este filón en el que trabajamos en intensa colaboración con Narciso de Alfonso. Pero si la propuesta no apunta esa sugerencia crítica embarrancaríamos en el marasmo reproductivo donde la poco inspirada reiteración de la obra de Mead que caracteriza su recepción ha varado. La excepción, aunque no en este punto, es el mayúsculo asunto auspiciado por la teoría de la creatividad de la acción de Joas. Vid. Joas, 2002; *Idem*, 2013), Sánchez de la Yncera, 2013.

⁴¹ Citado por Winkin, 1991a: 33.

versión ortodoxa de la sociología de Mead.⁴² Fue el mismo año en que Parsons publicó en Harvard, *La estructura de la acción social*, libro decisivo en la institucionalización canónica de la disciplina.

Blumer, que impulsó en Chicago la gran *American Sociological Review*, completó su carrera como catedrático de la Universidad de California, en Berkeley (1952-1958). Organizó el Departamento de Sociología y confirmó su influencia en la sociología estadounidense. Siguió activo como emérito hasta poco antes de fallecer. Fue quien reclutó a Goffman en 1957.⁴³ Sus dotes de gestión aparte, asentó su prestigio como albacea de las ideas de Mead. Con un estilo apodíctico, pleno de autoconvicción en sus clases, ponencias congresuales y escritos, Blumer cumplió un papel decisivo al aupar el interaccionismo simbólico y mantenerlo internacionalmente en auge durante décadas (Morrione, 2004).⁴⁴ Otro rasgo de su carácter es que se mantuvo siempre en sus trece, reiterando toda su vida, sin apenas cambios, la formulación estilizada de la sociología meadiana propuesta ya en 1937. Su discípulo Thomas Morrione sostiene que durante 50 años de trabajo académico activo, Blumer se dedicó a profundizar en toda clase de asuntos desde la perspectiva de Mead, por él elaborada, y a debatirlos tenazmente. Con esto casan otros testimonios, aunque sean de muy otro acento.⁴⁵ La realidad es que Mead nunca elaboró esa sociología, aunque el genio de las sugerencias sembradas en sus clases sigue alimentando el interés y la imaginación de generaciones de científicos sociales. De manera que esa vigencia es, en cierta medida, mérito del hercúleo trabajo promotor y artesano de Blumer, aunque se le achaquen recortes de la perspectiva meadiana o su escasa

⁴² Como él explicó: “el término interaccionismo simbólico es en cierto modo un barbarismo que acuñé con carácter informal [...] El vocablo fue ampliamente aceptado y hoy es de uso general” (Blumer, 1982: 1).

⁴³ No consta ninguna relación especial entre ambos de la época de estudiante de Goffman en Chicago. Winkin recoge el testimonio de Blumer: “Según me dirá en carta el propio Blumer: ‘No tengo ninguna idea de la influencia que mi enseñanza pueda haber tenido sobre él’ [sobre Goffman]” (Carta de H. Blumer a Yves Winkin, del 28 de septiembre de 1985. Winkin, 1991a: 33). Winkin, respaldado por una rara entrevista que logró hacer a Goffman, sacándole de su permanente hermetismo, puede añadir la contraparte: “para el estudiante Goffman, la enseñanza de Blumer no tiene, por tanto, nada demasiado atractivo. Asiste a sus clases como oyente libre, pero sin participar nunca en las discusiones, ni entregar trabajos, ni, menos, hablar con él después de clase” (Winkin, 1991a: 33).

⁴⁴ El infrecuente vigor de su carácter tal vez lo exprese bien la doble capitaneía simultánea del equipo de fútbol americano Chicago Cardinals y de la liga de debate de la universidad de aquel joven ayudante académico, que lo combinaba todo con su doctorado en el pujante departamento de Park, Burgess y Sapir, que dirigía entonces Faris (Morrione, 2004: 180).

⁴⁵ Winkin detalla que Blumer, instructor en sociología desde 1925, durante su doctorado, fue nombrado profesor asociado en 1931 a la muerte de Mead, y añade que “pasará su larga carrera explicando el pensamiento de aquel. De hecho, la contribución esencial de Blumer a la sociología parece consistir en haber creado la expresión ‘interaccionismo simbólico’, en un artículo de 1937. Veinte años después, esta expresión serviría de estandarte a aquellos de sus alumnos que buscan una identidad en el mercado de trabajo universitario, entonces en plena expansión” (Winkin, 1991a: 33).

contribución al refinamiento de las ideas, salvo por su contribución metodológica que elaboró concienzudamente contra los enfoques positivistas y funcionalistas dominantes.

Es injusto minusvalorar el mérito de un escudero fiel, capaz de llevar al reconocimiento mundial durante varias generaciones la fecunda aportación de Mead, cuando éste había sido siempre un universitario discreto, de esos que saben que lo que importa es sembrar. Por eso, este escueto apunte matiza la figura de Blumer, con la que se ha mantenido una relación ambigua. Topé con él en 1981, en un sugestivo artículo publicado por Dance, acerca de la emergencia de lo nuevo y la vivencia en presente en Mead, que magnetizó mi andadura. La imagen de Blumer se ha ido transformando. Fue insignificante: aquel impulso inicial me enfrentó con el Mead genuinamente innovador y difícil de verbalizar. Seguro que el principal libro de Blumer me procuró la tópica principal de la sociología meadina; pero se advertía mucha más hondura, que exigió largas navegaciones de historia de la teoría y en las discusiones actuales. Sobre todo, el estudio en profundidad de un Mead poliédrico que no estaba en Blumer. Como lo veo hoy, Blumer, el albacea y escudero, conocía y exponía elementos de su sociología y fue capaz de extender lo básico de Mead hacia donde dirigió la atención. Lo hizo bien e incluso muy bien. Sin embargo, durante cuatro décadas, sólo me constó su reiteración del núcleo de aquella poderosa perspectiva, que irrigaba y defendía por doquier.⁴⁶ Uno veía que Mead se defiende solo, y lo importante era ver a dónde puede llevarnos esa potente mirada en la mejora de las ciencias sociales, y la insistencia emulativa de Blumer me resultaba rara. Había que tomar el relevo y proseguir.⁴⁷ El prejuicio se cernía al volver sobre él, y lo recrudescían aviesas conjeturas sobre la razón de su tozudez de defensor. La trama de las polémicas que suscitó, en las que no entraré, lo alimentaban.⁴⁸ Sin duda, Blumer edificó sobre ese pedestal toda su vida académica. Y a fe que estuve a punto de presentar, sin más, a Blumer como un epígono (menor) de Mead, porque sin duda lo fue. Pero habría menospreciado así lo que hay de digno, y también, sin duda, de logro o de grandeza en “su” interaccionismo simbólico. Mi

⁴⁶ En el prefacio del libro póstumo de Blumer que editó, Morrione ofrece una panoplia de los temas, que aquel estudió siempre como procesos: el *self*, los actos sociales e individuales, las relaciones industriales y raciales, la conducta colectiva, la moda, los movimientos sociales, el grupo de vida, la interacción, la asunción de roles, la comunicación, la interpretación, la definición (Morrione en Blumer, 2004, “Prefacio”: xvi).

⁴⁷ Eso explica, en cambio, la hermandad de fondo que he sentido con Joas, siempre preocupado por construir una sociología nueva, más inteligente y sellada por un fuerte sentido del deber respecto al papel que la sociología haya de desempeñar iluminando los caminos de la convivencia en democracia. Por esa misma razón y porque es un teórico de primera traduje del alemán sus dos principales libros, y ayudé en la versión castellana de su gran manual: cuanto antes se estudie bien, mejor.

⁴⁸ El tomo II de la compilación de la crítica de la obra de Mead de Peter Hamilton está repleto de disputas por la ortodoxia de la interpretación de Mead, muchas con Blumer en liza. El segundo tomo se dedica al conductismo (Hamilton, 1992, vols. II y III).

semblanza, entonces, es otra: Blumer enfocó bien, y trabajó mucho y con acierto una valiosa faceta del legado de Mead para las ciencias sociales. Su maestro había captado el desafío enorme a la actividad sociológica que impone el reconocimiento de lo “diferencialmente humano”, y que la ciencia toda tiene que entender mucho mejor sus tareas como labores sociales, librándose de la niebla del positivismo causalista residual. En ese sentido, Blumer entendió que el estudio de la actividad conjunta, en todos los encuadres de la realidad social, comporta serias exigencias de reflexividad crítica en la metodología para encarar cada elemento y cada paso del estudio de los procesos interactivos, los sociales (pluralistas) y los naturales. También, que lo mismo rige para las fases del proceso de investigación y sus elementos, y en cualquier rama científica. Eso es exactamente lo que se desprende del núcleo de la aportación de Blumer, plasmada en su libro de 1969 y ya recogida en el artículo de 1937, que abre aquella compilación. En este sentido, Blumer, con sus limitaciones, por una parte, reiteró siempre denodadamente los hallazgos de la perspectiva meadiana de la realidad social como bien supo. Pero, sobre todo, se ocupó con extraordinaria firmeza y agudeza de mostrar, con aquel foco, los errores de teorización y de método que detectaba en la sociología de su tiempo, los cuales todavía hoy, me temo, necesitan de su ceceo. Sus advertencias ponen de relieve las limitaciones de los “protocolos” de investigación por su índole artificiosa y poco fundamentada para las exigencias de la “naturaleza” efectiva de la realidad (Blumer, 1982: 36). Demanda ésta un escrutinio insistente de los procesos de la “acción en común”, tal como se entiende desde Mead: un ordenamiento interactivo de perspectivas múltiples, imposibles de conciliar en el fondo, pero que de algún modo se concilian, hasta cierto punto y una y otra vez, que son extremadamente esquivas para su comprensión y explicación. Por eso entendió la radical vocación de realidad de la investigación, y que debe ésta sustanciarse con una cuidadosa labor artesana, circunspecta y conceptualmente afinada, de escrutinio de los procesos de investigación y sus elementos: de arriba a abajo, pasando y parando por todos sus intersticios.

No cabe duda de que el potencial de las sugerencias del pragmatismo de Mead va mucho más allá de donde Blumer llegaba, ni de que esa sea la tarea pendiente; pero tampoco puede haber duda, después de repasarlo a fondo, de que las advertencias de Blumer sobre las “consecuencias sociológicas” del pensamiento de Mead (Blumer, 1982: 45-57) y, sobre todo, las “metodológicas” (Blumer, 1982: 1-46) que él extraía en “su” interaccionismo simbólico siguen vigentes. Deben ser cuidadosamente advertidas por todo profesional de las ciencias sociales y por quien quiera ganar en claridad con la luz que brindan para una inteligencia más fina de nuestra densa y compleja acción común en la vida diaria en todos los órdenes.

Remitiéndose a las enseñanzas de su maestro, Blumer destaca que la interacción es un proceso que configura la actividad de los sujetos, pues cada individuo debe procurar que las líneas de acción que adopta en las situaciones

encajen o sean razonablemente congruentes con las de los demás partícipes en la interacción del caso; de manera que la vida social se muestra como un continuo proceso de acoplamiento de respuestas mutuamente influidas. Sólo en ese sentido, que no rebaja un ápice el peso configurador de la actividad común, se podría hablar en rigor, según Blumer, de la “estructura” o de la “organización” social: se trata de una configuración o de una estabilización cambiante. Esa era su fuerte réplica al énfasis de la teoría del orden funcionalista, de matriz durkheimiana, en lo coercitivo. No se habla de fuerzas externas ni aun menos de reducir los hechos sociales a fenómenos psicológicos; se subraya la “acción conjunta” —seguramente lo más sociológico de su concepción de la interacción—. ⁴⁹ Blumer la entiende como una acción colectiva “entrelazada” y amplia,

[...] constituida por el ensamblaje de las líneas de conducta de varios participantes. Una transacción comercial, una comida de familia, una ceremonia de boda, ir de compras, un juego, una fiesta social, un debate, un tribunal de justicia, una guerra, son ejemplos de acción conjunta.

Y lo aclara advirtiendo que

[...] una acción conjunta no puede reducirse a un patrón común o idéntico por parte de todos los participantes. Cada uno de ellos ocupa necesariamente una posición distinta, actúa desde ella y realiza un acto individual y distintivo. Es el *entrelazamiento* de esos actos y no su calidad de comunes lo que constituye la acción conjunta (Blumer, 1982: 51-52).

Blumer reiteró “la misma posición básica durante más de cuatro décadas”, dijo también Tamotsu Shibutani, y la síntesis que traza el eminente académico de Chicago y Berkeley, acentúa los dos focos de esa tenaz insistencia: la acción y la diferenciación humana. En primer lugar, las tramas de *acción* en común que caracterizan las agrupaciones humanas,

[Blumer] defendía que la vida del grupo humano ha de ser estudiada en clave de acción, a partir de lo que los participantes en unidades sociales hacen juntos. Esas transacciones entre ellos no son meras expresiones de patrones culturales. Se construyen paso a paso conforme a las contribuciones que los participantes disponen y realinean recíprocamente entre ellos una y otra vez. Aunque las normas convencionales brindan un marco de expectativas que facilita la acción conjunta en los escenarios rutinarios, lo que sucede en cada contexto histórico es único.

⁴⁹ Pero es oportuno advertir que, aunque lleve la quintaesencia de lo que Mead pensaba, la expresión es de Blumer: “Empleo ‘acción conjunta’ en lugar de la expresión ‘acción social’ que utiliza Mead” (Blumer, 1982: 51).

Y enseguida, el acento va a lo distintivo: la diferenciación y la fluida adopción de roles que puede articular esa diversidad:

[Afirmaba también que] lo que le proporciona a la sociedad humana su característica distintiva —una amplia flexibilidad para adaptarse a las exigencias de cada situación histórica— es la capacidad de cada miembro para actuar con independencia. Cada persona puede regular su contribución para que todo el grupo sea capaz de lograr las metas que se conciben en las diversas circunstancias. Cada transacción se construye en un proceso fluido en el que los actores individuales se ajustan entre sí a través de la adopción de roles. Cualquier explicación adecuada de la vida social humana debe tener en cuenta las contribuciones autónomas de cada participante (Shibutani, 1988: 24).

Las reflexiones de fondo de Mead, Blumer las reduce a tres premisas con las que articula su propia sociología, y que formuló como correspondientes a la de Mead:⁵⁰ 1) “El ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él”; 2) “el significado de estas cosas se deriva de o surge de la interacción social que cada cual mantiene con su prójimo (y consigo mismo)”; y, 3) “los significados se manipulan y modifican mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse con las cosas que van saliendo a su paso (en situaciones que el sujeto advierte, interpreta y enjuicia)”⁵¹ (Blumer, 1982: 2, 36-37). Hay una cuarta, que deriva, como acabamos de ver, de que contempla los ámbitos más amplios de la acción colectiva como ordenaciones de “personas vinculadas recíprocamente en sus ámbitos respectivos” que amoldan sus propios actos. Se trata de aplicar a las organizaciones a gran escala lo anterior: no se puede perder de vista que, en cualquier punto dado de un complejo organizativo en acción, concurren dos procesos: las personas definiendo sus propias perspectivas de los cursos de acción y, a la vez, las composiciones de lugar recíprocas (Blumer, 1982: 36-37, 43-44).

A pesar de que destaca la interpretación de las situaciones y sus posibles normas por los actores, Blumer no es constructivista. Afirma la posibilidad de conocer el mundo “que está ahí” (con expresión de Mead), cuyo carácter “resistente”, “real”, su “naturaleza obstinada”, asoma en las preguntas que la ciencia puede hacerse sobre él. Cabe hacerlo generando representaciones de la realidad y contrastando su veracidad en ella (Blumer, 1982: 17, 21). Por ello, los métodos que se utilicen tienen que “derivarse” de la realidad observada, con la singularidad de que las realidades afrontadas aparecen en nuestros

⁵⁰ Lo dice en el inicio del segundo capítulo de su libro: “Mi propósito es describir la naturaleza de la sociedad humana considerada desde el punto de vista de George Herbert Mead. Aunque concede a la sociedad humana [...] vital importancia en su esquema de pensamiento, apenas se esfuerza por perfilar su carácter” (Blumer, 1982: 45).

⁵¹ El otro libro general de Blumer sobre Mead es póstumo y de rasgos muy análogos a su obra principal que citábamos. Editado por Morrione, ya se ha mencionado: Blumer, 2004.

escenarios interpretadas desde perspectivas cruzadas que se entretujan en la acción común que desplegamos. Blumer niega también, por supuesto, que la observación trate con hechos en bruto: toda investigación de la realidad social supone “la posesión y utilización de una imagen o esquema previo del mundo empírico en estudio” (Blumer, 1982: 18). El investigador porta siempre un repertorio de creencias, imágenes, estereotipos, de teorías sobre la realidad y los hace intervenir en la investigación, repare en ello o no, aun cuando no esté familiarizado con el espacio social que observa: sus “preconociones” lo conducen a la selección del tema, al formular el problema y articular la obtención de los datos, así como a la hora de determinar las correlaciones. Sin embargo, Blumer no cesará de insistir en el carácter resistente u “obstinado” del mundo empírico, con cuya “realidad” tienen que arreglárselas las preguntas y los problemas que se plantea el investigador (Blumer, 1982: 18 y ss., *passim*). Por todo ello, Blumer advierte del riesgo de iniciar investigaciones sin una previa familiarización con el escenario, para prevenir la “contaminación” de la observación y el análisis con preconcepciones proyectadas (*cf.* Blumer, 1982: 36). Para evitarlo debe “ir directamente a la realidad social empírica” para comprobar, con meticulosa circunspección, si todo su equipamiento (sus premisas, su representación de la realidad, sus preguntas y problemas, los datos, los conceptos, las interpretaciones) realmente “procede” de esa realidad y corresponde a ella, sin ser, en cambio, la toma de posición de un intruso (Blumer, 1982: 26, 36-37; *vid.* Coller: 247). Atendiendo a esta perspectiva, la propuesta metodológica del interaccionismo simbólico consiste en hacer que la realidad “emerja”, en lugar de imponerle conceptos preestablecidos. Para ello, propone dos prácticas de investigación —habla todavía de “métodos”— en decidida confrontación con las propuestas convencionales del funcionalismo predominante. La primera es la *exploración*. Un procedimiento flexible que permite al investigador conocer de primera mano, mediante la observación y la participación, las experiencias que se viven en un ámbito social (Blumer, 1982: 30-32). Por ello insiste siempre que en toda exploración los conceptos son “sensibilizadores” (Blumer, 1982: 116). Swedberg ha sabido destacar, en su exquisita entrega sobre la importancia metodológica de la teorización, esa apreciable indicación.⁵² La otra, la *inspección* o *análisis*, comporta un examen creativo, detenido y profundo, que, con un enfoque teórico que deberá ajustarse con minuciosidad, desde todas las perspectivas que abra la imaginación, debe observar el contenido empírico acumulado desde diversas dimensiones; identificar elementos analíticos destacables, contrastarlos y

⁵² Swedberg la expone en el contexto de una estupenda explicación suya del uso de las tipologías en las comparaciones de Weber, y señala que lo que dice Blumer es que “la función de todos los conceptos de la ciencia social es la de ‘sensibilizar’ al científico social sobre la riqueza empírica de la realidad, y esta posición tiene una cierta afinidad con lo que dice Weber. Un concepto sensibilizador ayuda al investigador a ver cosas nuevas agudizando sus sentidos. No es un concepto definitivo ni tales conceptos existen en las ciencias sociales según Blumer” (Swedberg, 2016: 56-57. Cita de la 57).

saturar la evidencia de la naturaleza empírica de las relaciones entre ellos, pero asegurando siempre el ajuste conceptual y la correspondencia empírica (Blumer, 1982: 32-35; Collier, 2006: 248).⁵³

No se debe perder de vista que hablamos de una corriente mayor de la sociología contemporánea con resultados y sugerencias de primer orden para el desafío que heredamos. Sin embargo, como en toda discusión histórica sobre fenómenos demasiado humanos como clasificaciones, familias y méritos intelectuales, la mirada debe ser cauta. Lo antedicho habría que pasarlo, por ejemplo, por el tamiz de las ironías del inclasificable Goffman, quien, en plena coronación de su carrera, bromeaba (o no) con el carácter equívoco y falso, de su propia etiqueta de “interaccionista simbólico”, e insistía en que esta corriente o escuela sólo era “una etiqueta”.⁵⁴

ERVING GOFFMAN (1900-1987).

UN TALENTO PURO DE LA OBSERVACIÓN (INCLASIFICABLE)

Así como el encuentro a distancia con Blumer invita a pensar en un esforzado apolíneo obediente, la figura de Goffman destaca en el baile de Dioniso como un duende inauditamente capaz de sacar a la luz, en las tramoyas del vivir ordinario, las más invisibles máscaras. Vástago de una familia comerciante ucraniana, nacido en Mandeville (Canadá), una pequeña comunidad rural de inmigrantes, y con formación inicial en ciencias de la naturaleza en Toronto, se doctoró en antropología en Chicago dirigido por Lloyd Warner (1953). “Su vida privada” pareciera “totalmente opaca e independiente de su obra”, dice Winkin, quien, empeñado en el enigma de su conspicua singularidad,⁵⁵ le aplica lo dicho de Flaubert: “reproduce indefinidamente en su obra la posición que ocupa en la estructura social”. Y lanza además esta tesis: “su grupo de pertenencia objetiva (la pequeñísima burguesía rural judía) se acompaña de un grupo de referencia subjetiva (la burguesía intelectual urbana étnicamente asexual)” (Winkin, 1991a: 48). Su idiosincrasia le habría impulsado a dotar a su oficio de toda una perspectiva nueva “al servicio de una pasión”; a saber: “no ya observar, sino *participar* en la vida de su grupo de referencia” (Winkin, 1991a: 48).⁵⁶

⁵³ Una deriva de ese planteamiento metodológico es el intento interaccionista de formular una teoría fundamentada empíricamente conforme a un método de análisis cualitativo de datos, la Teoría Fundamentada (Grounded Theory) de B. Glaser y A. Strauss (1967). Rosa Soriano la empleó con maestría en un premiado estudio sobre el asentamiento de la mujer marroquí en Andalucía (Soriano, 2004). También ha hecho estudios sociolaborales en las regiones fronterizas mexicanas.

⁵⁴ “El ‘interaccionismo simbólico’ no tiene realidad: es sólo una etiqueta que ha conseguido imponerse. La ‘gente como usted’ se inventa un movimiento donde no hay más que individuos”. Goffman respondiendo en una entrevista personal a Yves Winkin (Winkin, 1991b: 211-212).

⁵⁵ Al leerla, la búsqueda de Winkin recordaba al estupefacto “perseguidor” de Cortázar.

⁵⁶ El énfasis, añadido.

Su formación sentimental lo prendó de la observación participante en los más diversos enclaves de interacción ordinaria, en especial los de la alta burguesía, que lo fascinaba. Como Simmel en el Berlín de 1890-1914, hizo aportaciones de singular talento. Es frecuente su inclusión en el “interaccionismo simbólico”, sobre todo, por sus primeras obras, pero a su enfoque original, poco clasificable, se le ha dado nombre propio: “enfoque dramaturgico”, por el uso que hizo de la metáfora de Kenneth Burke, su profesor en Chicago, para tratar las “presentaciones” de la gente en sus escenarios. Nada dado a adscribirse ni explicitar sus inspiraciones, con un prurito de originalidad que su indudable genio justifica hasta cierto punto, en su aportación se reconocen trazas significativas⁵⁷. La diversidad de fuentes dificulta el acceso a un fondo, pero lo que manda es su mirada y su verbalidad.

Dotado de un indudable talento para la observación de campo, que avezó su tesis doctoral, centrada en las reuniones de recreo en una pequeña comunidad agraria de las escocesas islas Shetland, Goffman desarrolló prácticas de observación para acceder a las vertientes de la interpretación subjetiva, plural y diferenciada, presentes en los ámbitos sociales, a la vez que desplegaba con tenaz esfuerzo representaciones del conjunto del campo observado y de sus claves para procurar representaciones “objetivas” (Winkin, 1911a: 19; Goffman, 2001: 89). Winkin caza un importante matiz en su tesis, reparando en dos observaciones: “Este no es el estudio de una comunidad; es el estudio que se ha desarrollado *en* una comunidad” (Goffman, 1953, *apud* Winkin, 1991a: 53-54). Aunque durante su estancia en las Shetland hubiere querido “estudiar una comunidad”, como le habría propuesto Lloyd Warner, la tesis (incumplida o fracasada) la identificó Goffman, ya en la primera página, como un “estudio de la interacción conversacional”:

El fin de esta investigación es aislar y fijar las prácticas regulares de lo que se llama la interacción cara a cara (Winkin, 1991a: 54).

Su obra más famosa, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1956), un producto maduro de la tesis, ilustra las artificiosas y complicadas formas con las que construimos imágenes de nosotros mismos en los encuentros con otros significantes. Como actores en un escenario, ofrecemos la imagen que ofrecemos cuidándola y disimulándola constantemente en los distintos ámbitos donde nos vemos envueltos. Con nuestro comportamiento y porte buscaríamos dar una imagen, el “personaje”,⁵⁸ que encaje bien con lo que se espera de nosotros allí donde importa. Lograrlo depende tanto de ofrecer una

⁵⁷ De clásicos (Simmel, Durkheim o Weber; Freud), de figuras de la tradición de Chicago (Mead, Dewey, Thomas, Park, Lloyd Warner o Everett Hughes), de la antropología de Radcliffe-Brown, de la teoría de juegos, de Sartre, la fenomenología, la teoría del lenguaje de Sapir, etcétera.

⁵⁸ “Una figura (por lo general agradable), cuyo espíritu, fortaleza y otras cualidades preciosas deben ser evocadas por la actuación” (Winkin, 1991a: 256).

buena imagen en la “fachada”⁵⁹ (Goffman, 2001: 33 y ss.) como de ocultar, en la trastienda o “entre bastidores”,⁶⁰ todo lo nuestro que creemos inaceptable. De esa manera, Goffman representa a los individuos envueltos en un empeño tenso y constante por manejar la propia presentación ante sus audiencias, cualesquiera que sean, en pos de resultar convincentes en su papel y de sus satisfacciones narcisistas. A nada de experiencia que tengamos, nos resulta imposible dejar de actuar, de modo que no cabría nunca el hacerse cargo, a carta cabal, de cómo es alguien: en realidad somos nuestros diversos personajes, con los que nos disfrazamos, como “mercaderes de moralidad”, y en los que, además, poco a poco nos podemos convertir, queramos o no, a base de tanto despliegue de apariencias (Goffman, 2001: 265 y ss.). En otros parajes de su obra, Goffman presenta todos estos elementos de las actuaciones como “ritos de interacción” que manifiestan y protegen, bajo una forma convencional, lo que hay en cada uno de sagrado o de digno; y en otros, trata las interacciones incluso como juegos de estrategia, donde los actuantes se comportan como seres manipuladores que administran su información con cálculo para lograr sus ventajas (Nizet y Rigaux, 2006: 9).

Hizo ver que cuando varias personas se encuentran físicamente cara a cara se generan ciertas constantes: una forma estable de distinguir a quienes pueden participar y a los excluidos; un foco predominante de atención; responsables designados; cierta apertura recíproca a la comunicación relevante; referencia al contexto; indicación del inicio, del curso y de la conclusión; con frecuencia el surgimiento de un “nosotros” que condensa lo realizado (Sebastián de Erice, 1994: 40).⁶¹ Elaboró con artesanía y tesón un vocabulario capaz de describir las claves y dimensiones que caracterizan las interacciones cara a cara en la vida ordinaria.⁶² Aunque ese vocabulario se ha asimilado extensivamente en las ciencias sociales requiere, para su comprensión, una familiaridad directa con los requiebros semánticos de Goffman, quien es de escritura ágil, siempre interesante y revelador. Tenía ese don especial de los escritores capaces de verbalizar

⁵⁹ Es la parte del escenario que funciona regularmente de un modo prefijado para definir la situación ante quienes la observan.

⁶⁰ “La actividad entre bastidores es la acción que ocurre antes y después de la escena o detrás de ella, pertinente a la misma y al mismo tiempo (muy probablemente) compatible con ella” (Goffman, 2006: 225; la cursiva, nuestra).

⁶¹ Goffman se interroga sobre las formas que adoptan las interacciones, las reglas que las articulan, los roles que cumplen los actuantes implicados, el “orden” específico que constituyen (Sebastián de Erice, 2006: 623). Entiende que la “situación” de interacción, como determinación recíproca de acciones y actores, puede considerarse en sí misma como un fenómeno y que, como tal, puede ser observada, descrita y analizada (Goffman, 2001: 11).

⁶² Sus acepciones conceptuales son conspicuas: el “sí-mismo” (*self*) —que le viene de Mead y emplea distinguiendo al actor del personaje que éste representa puntual o sistemáticamente—, “equipo”, “situación”, “regiones”, “esquemas interpretativos”, “marco”, “escena”, “institución total”, “distancia social”, distancia de rol, etc., han pasado al acervo de las ciencias sociales (Sebastián de Erice, 2006: 263).

aspectos atmosféricos o vivenciales de la realidad en los que habitualmente no se repara, hasta que alguien los señala y describe con talento.

En sus últimas obras presenta un enfoque sincrético, con cierta ambición de síntesis, donde integra elementos de las diversas vertientes de la sociología interpretativa, pero incrementando más el acento estructural de su enfoque, que alimenta en la tradición durkheimiana y en la filosofía del lenguaje (Sebastián de Erice, 1994, 2006). Se ha dicho que Goffman supo verbalizar, por fin, lo que había buscado, en realidad, durante toda su carrera. De hecho, como dice Winkin, “es muy chocante en Goffman, hasta en su manera de expresarse, la visión de una realidad *sui generis* de la interacción”, que abiertamente enlazaba con los hechos sociales de Durkheim (Winkin, 1991a: 55). Dubet insiste también que en Goffman, “el objeto del interaccionismo es una realidad independiente y fundacional” que no apela a la idea de sistema social (Dubet, 2012: 74-75). Y éste cree que Goffman lo expresa de maravilla en esta explicación de *Frame Analysis*:

Este libro trata sobre la *organización de la experiencia* —algo que un actor individual puede asumir mentalmente— pero no trata de la organización de la sociedad. De ninguna manera pretendo ocuparme de los temas fundamentales de la sociología —la organización social y la estructura social—. Estos temas han sido y pueden seguir siendo bien estudiados sin referencia alguna al marco. *No me ocupo de la estructura de la vida social, sino de la estructura de la experiencia* que los individuos tienen en cualquier momento de sus vidas sociales. Personalmente mantengo que en cualquier caso la sociedad es lo primero en todos los aspectos y que las preocupaciones actuales de cualquier individuo ocupan un segundo lugar: este informe trata sólo de temas secundarios (Goffman, 2006: 14).⁶³

Para Dubet, este sería un elegante modo de decir que actor y sistema están separados y que el individuo no se define interiorizando lo social; que, en verdad, el sistema no tiene “importancia” (Dubet, 2012: 75). Por su parte, Winkin incide en que, en *Frame analysis*, Goffman funde todos sus estudios anteriores en un texto dominado por la metáfora del cine. Su comentario aporta un significativo matiz, que tal vez es el que veníamos buscando a los efectos de este capítulo. Dice Winkin:

[...] “el ejemplo del cine dentro del cine” permite comprender fácilmente “lo que quiere descubrir”: toda situación cotidiana es, en cierto modo, una película dentro de otra [...], en ella se mezclan diferentes realidades. Cada uno juega a ser él mismo, a estar presente, a captar el principio y el fin. Todo en ella es engaño y realidad a la vez, en grado diverso. Basta a veces un ligerísimo incidente (una

⁶³ La cita la localicé en Dubet (Dubet, 2012: 75) pero uso la traducción española de la obra. Los énfasis los he añadido.

mirada que se pierde...) para que toda la situación se “reafine”, es decir, que cambie de sentido para los interactuantes” (Winkin, 1991a: 84).

Igualmente atendible es el “parentesco” que el sociólogo belga sugiere entre las respectivas nociones de “sistema” y de “orden social” de Goffman y Parsons. Para Parsons, la sociedad dispone de mecanismos autorreguladores, que mantienen el “orden social”; en Goffman, la interacción genera sus mecanismos autorreguladores que mantienen “el orden de la interacción”. En ambos casos los mecanismos son tan frágiles como el orden protegido. Para los dos “el mundo social es precario: nunca tiene garantizado el orden”. Ahora bien, en el caso de la interacción, “los actores harán cualquier cosa por evitar el *embarazo* —esa sanción que afecta tanto a las víctimas como a los causantes cuando estos infringen las reglas y provocan desorden— (...)”. Y así, prefiriéndolo a otras sanciones que podrían precipitar a todos en una desorganización aún mayor, “(...) las víctimas de una ofensa adoptan una actitud indulgente, que Goffman llama ‘compromiso por conveniencia’” (Winkin, 1991a: 58). Ya en su tesis doctoral comparecía, así, el Goffman posterior en estado puro. El que afirma: “podemos confiar en una cosa: la gente hará todo lo posible por evitar una ‘escena’” (Goffman, 1953: 40; *apud* Winkin, 1991a: 59); y que, enseñada, subraya que ese tipo de pequeñas ofensas, seguidas de disculpas superficiales, “son permanentes en el curso de una interacción”. De ahí su proposición: “a veces, es preferible entender la interacción, no como una escena de armonía, sino como un orden que permite librar una guerra fría”. Winkin concluye que Goffman llega en su respuesta a la cuestión del orden social más lejos que Parsons: *la sociedad no es una guerra de todos contra todos*, pero no porque los hombres vivan en paz sino *porque una guerra franca es demasiado costosa* (Cf. Winkin, 1991a: 59, también las citas). Sin embargo, Goffman habla sólo de un tipo de orden social: el que observa en el “marco” de la interacción. Los demás no son cosa suya: la interacción que absorbe su atención es la que llama “conversacional”.⁶⁴

La inspiración de Goffman puede rastrearse ampliamente en la sociología posterior, con influencia y concomitancia en los empeños de revisión teórica y metodológica de primera línea como los de Giddens, Habermas o Bourdieu. Nadie supo apreciar como Habermas su significatividad en el plano de la teoría de la acción, por cuanto la elige como referencia principal en su intento de distinguir en su pragmática universal el tipo de la acción estratégica (orientada al éxito en la estrategia de autopresentación y de persuasión en las relaciones personales) de la acción comunicativa (orientada al entendimiento) (Habermas, 1981, vol. 1: 133-135 y ss.). La agudeza de esa distinción se puede considerar equivalente a la que demostró Habermas al percibir la importancia del enfoque meadiano de la mediación comunicativa como clave dual en la socialización y

⁶⁴ Como dice Winkin de su tesis doctoral: “es el único de su generación que se ocupa del lenguaje en acción, de hacer etnografía del habla” (Winkin, 1991a: 60).

en la individualización. Sin entrar en esa discusión cerraremos el capítulo con un sucinto comentario acerca de las aportaciones aquí integradas.

Mead aporta mucha sustancia: una vívida idea de lo social humano, un proceso siempre emergente cuyo eje es la comunicación, la capacidad de vernos como los otros nos ven, poniéndonos en su lugar y teniéndonos recíprocamente en cuenta. La intimidad subjetiva, núcleo de la autonomía del *self*, se conquista así, en el medio social, desde los otros hacia adentro de uno mismo; pero a su vez, la comunicación entre *selves* autónomos es la clave íntima en la reorganización de lo social, la vía para un control democrático de la mejora de la vida en común. Blumer sigue su planteamiento y afina metodologías para explorar los procesos sociales, en su doble faceta de impulsores de la identidad diferenciada de los partícipes y de concertadores de actividad conjunta. El genio de Goffman es otra cosa. Su enorme curiosidad y capacidad de escrutinio, se adentra en las neurotizantes estrategias de control de las apariencias, los simulacros que hacen ver que uno hace lo que se espera de él en sus escenarios. Es un superdotado para las sutilezas del enmascaramiento, de la ficción como arma defensiva o de guerra en un mundo amenazante, enajenante, entramado de engaños, que obliga a protegerse y encajar. Es realista respecto al subjetivismo encadenado a las interacciones y de las acariciadas cadenas interaccionistas que absorben tanto que no dejan vivir con un yo. El baile de máscaras no deja sitio a la persona “donal”. Ni a la emancipación.

BIBLIOGRAFÍA

- Blumer, Herbert (1928), *The Method of Social Psychology*, tesis doctoral, dirigida por Ellsworth Faris, University of Chicago.
- _____ (1982/1969), *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Hora, Barcelona.
- _____ (2004), *George Herbert Mead and Human Conduct*, en T. J. Morrión (ed.), AltaMira, Walnut Creek CA.
- _____, Talcott Parsons y Jonathan Turner (1992/1975), “Exchange on Turner: Parsons as a Symbolic Interactionist”, en P. Hamilton (ed.), *George Herbert Mead. Critical Assessments*, vol II, Routledge, Londres, pp. 120-130.
- Carreira da Silva, Filipe (2010), *Mead and modernity: science, selfhood, and democratic politics*, Lexington Books, Lanham (Md.).
- Coller, Xavier (2003), *Canon sociológico*, Tecnos, Madrid.
- Coser, Lewis A. (2019/1977), *George Herbert Mead (1863-1931)*, en L. A. Coser, *Maestros del pensamiento sociológico*, CIS, Clásicos contemporáneos, Madrid, pp. 379-407.
- Dewey, John (1991/1927), *The Public and its Problems*, 4a. reimp., Swallow Press/Ohio University Press, Ohio.
- _____ (2008/1932), “Elogio de John Dewey a G. H. Mead”, en I. Sánchez de la Yncera (ed.), *La filosofía del presente*, CIS/BOE, Madrid, pp. 187-193.
- Dubet, François (2012), *Sociología de la experiencia*, CIS y Editorial Complutense.

- Glaser, Barney y Anselm Strauss (1967), *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Nueva York.
- Goffman, Erving (1953), *Communication conduct in an Island Community*, tesis doctoral (no publicada), dirigida por Lloyd Warner, Universidad de Chicago.
- _____ (1991), *Los momentos y sus hombres*, comp. de Y. Winkin, Paidós, Barcelona.
- _____ (2001/1956), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- _____ (2006/1974), *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, CIS, Madrid.
- Gurvitch, Georges (1957), "Les faux problèmes de la sociologie au XIX siècle", en G. Gurvitch, *La vocation actuelle de la sociologie*, vol. 1, Presses Universitaires de France, París, pp. 31-65.
- Habermas, Jürgen (1987/1981), *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., Taurus, Madrid.
- Hamilton, Peter (1992), *George Herbert Mead. Critical Assesments*, 4 vols., Routledge, Londres.
- Joas, Hans (1989²/1980), *Praktische Intersubjektivität. Die Entwicklung des Werkes von George Herbert Mead*, 2ª ed., Suhrkamp, Frankfurt.
- _____ (1998/1992), *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- _____ (2002/2001), "La emergencia de lo nuevo. La teoría de Mead y su potencial contemporáneo", en G. Leyva (comp.), *Creatividad, acción y valores. Hacia una teoría sociológica de la contingencia*, UAM-Iztapalapa, México, pp. 107-133.
- _____ (2013/1992), *La creatividad de la acción*, CIS, Clásicos contemporáneos, Madrid.
- _____ y Knöbl, Wolfgang (2016/2004), *Teoría social*, Akal, Madrid.
- Lindesmith, Alfred R., Anselm L. Strauss y Norman K. Denzin (2006), *Psicología social*, CIS, Madrid.
- Mead, George H. (1908), "The Philosophical Basis of Ethics", *International Journal of Ethics*, vol. 18, pp. 311-323, disponible en http://www.brocku.ca/MeadProject/Mead/pubs/Mead_1908.html
- _____ (1913), "The Social Self", *The Journal of Philosophy*, vol. 10, pp. 374-380, disponible en http://www.brocku.ca/MeadProject/Mead/pubs/Mead_1913.html
- _____ (1915), "Natural Rights and the Theory of the Political Institution", *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, vol. 12, pp. 141-155, disponible en http://www.brocku.ca/MeadProject/Mead/pubs/Mead_1915a.html
- _____ (1917), "Scientific Method and Individual Thinker", en J. Dewey (ed.), *Creative Intelligence: Essays in the Pragmatic Attitude*, Nueva York, pp. 176-227, disponible en https://brocku.ca/MeadProject/Mead/pubs/Mead_1917g.html
- _____ (2008a/1932), *La filosofía del presente*, trad. y edición con estudio preliminar de I. Sánchez de la Yncera, CIS/BOE, Madrid
- (2008b/1925). "La génesis del sí-mismo y el control social", en G. H. Mead, *La filosofía del presente*, CIS/BOE, Madrid, pp. 351-376.
- _____ (2008c/1926). "La realidad objetiva de las perspectivas", en G. H. Mead, *La filosofía del presente*, CIS/BOE, Madrid, pp. 337-350.
- _____ (2015/1934), *Mind, Self and Society* [the definitive edition], Chicago University Press, Chicago.

- Meltzer, Bernard N., John W. Petras y Larry T. Reynolds (1980), *Symbolic Interactionism: Genesis, Varieties and Criticism*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Miller, David L. (1973), *George Herbert Mead: Self Language and the World*, University of Chicago Press, Chicago.
- Morrione, Thomas J. (2004), "Herbert Blumer: A Biography", en T. J. Morrione (ed.), *Herbert Blumer. George Herbert Mead and Human Conduct*, AltaMira, Walnut Creek, pp. ix-xvii.
- Nizet, Jean y Natalie Rigaux (2006), *La sociología de Erving Goffman*, Melusina, disponible en <https://www.agapea.com/libros/Sociologia-de-Erving-Goffman-La-9788496614048-i.htm>
- Parsons, Talcott (1968/1937), *La estructura de la acción social*, 2 vols., Guadarrama, Madrid.
- Sánchez de la Yncera, Ignacio (1995), *La mirada reflexiva de G. H. Mead. Sobre la socialidad y la comunicación*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- _____ (1996), "El sujeto y la sociedad. La raíz de las dificultades teóricas", en A. Pérez-Agote e I. Sánchez de la Yncera (comps.), *Complejidad y teoría social*, CIS/Academia, Madrid, pp. 401-436.
- _____ (2006), "James, W." (465), "Juego organizado/no organizado (*play/game*)" (467-468), "Mead, G. H." (535-536), "Mí, el (*me*)" (555-556), "Otro" (622-623), "Otro generalizado" (623), "Pragmatismo" (670), "Sí mismo" (766-767), "Yo, el (*I*)" (967-968), *Diccionario de Sociología*, voces compiladas por Salvador Giner *et al.*, 2a. ed., Alianza, Madrid.
- _____ (2008), "Apostarse en presente (en la estela de G. H. Mead). Identidad y auto-trascendencia en los ámbitos de interacción" (estudio introductorio), en G. H. Mead, *La filosofía del presente*, CIS/BOE, Madrid, pp. 14-160.
- _____ (2013), "La creatividad de la acción situada: ¿un vuelco de la teoría general?" (estudio preliminar), en H. Joas, *La creatividad de la acción*, CIS, Clásicos contemporáneos, Madrid, pp. 11-55.
- Sebastián de Erice, José R. (1994), *Erving Goffman, de la interacción focalizada al orden interaccional*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- _____ (2006), "Goffman, Erving" (263), *Diccionario de Sociología*, Voz compilada por Salvador Giner *et alii*, 2a. ed., Alianza, Madrid.
- Shibutani, Tamotsu (1988), "Herbert Blumer's Contribution to Twentieth Century Sociology", *Symbolic Interaction*, vol. 11, pp. 24-31.
- Soriano, R. (2004), *El asentamiento de la mujer marroquí en el poniente almeriense*, Centro Económico y Social, Madrid.
- Swedberg, Richard (2016/2014), *El arte de la teoría social*, CIS, Madrid.
- Taylor, Charles (2005), "El atomismo", *La libertad de los modernos*, Amorrortu, Madrid, pp. 225-255.
- Winkin, Yves (1991a), "Erving Goffman: retrato del sociólogo joven" (presentación general), en Y. Winkin (comp.), *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, pp. 11-85.
- _____ (1991b), Entrevista con Erving Goffman, en Y. Winkin (comp.), *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona, pp. 207-213.